

Margo Glantz

Las constantes de una crítica

Álvaro Ruiz Abreu

La prosa de Margo siempre resulta ser un hallazgo. Sus estaciones, no de paso, sino permanentes, son y han sido un relato del siglo XX: de sus calamidades, sus relaciones entre el dolor y la literatura, entre ésta y la sexualidad, el cuerpo y sus excrescencias, el exilio, los momentos límite a que se expone la conciencia. Y un relato del siglo XIX con algunas escalas decisivas en la literatura de la Colonia. Son estaciones poéticas de una escritora dedicada en cuerpo y alma a buscar un sentido a todo aquello que carece, aparentemente, de él. Ha construido un espacio que busca entre los escombros de la historia una explicación nada directa de las atrocidades cometidas al cuerpo humano y al cuerpo de la escritura. Se ha sometido a hombres y mujeres a una crueldad sin nombre, al mismo tiempo que la censura ha perseguido y aniquilado a grandes escritores. De esa soledad, nace y crece la poesía. Y nace también la crítica, un trabajo de investigación y de reflexión que exige un ritmo y un estilo pertinentes, que ella practica con ironía, amenidad, descubriendo nuevos espacios en el arte de las letras.

Su visión del siglo XIX es amplia y tiene el ritmo y la audacia de una mirada aguda, de una conciencia que explora una época y una vez que la ha repasado la transforma. Es decir, no tendríamos la sensación de conocer la novela decimonónica si no fuera porque Margo Glantz ha recorrido sus páginas o sus momentos más entrañables. Su trabajo sobre ese clásico que es *Los bandidos de Río Frío* ha sido motivo de clases y conferencias, de cursos especializados, pero sobre todo de un ajuste de cuentas entre el mundo de esa novela y el nuestro, entre el pasado que nos define y el presente que nos aniquila. La lectora insaciable fue de pronto a ver el México de alrededor de 1850 y lo encontró plagado de vicios, de hábitos culturales y políticos propios de un sistema cerra-

do, que apesta las calles y las plazas, los barrios y los mercados, las iglesias y el paisaje de la ciudad.

La mirada de Margo hacia Payno se convirtió en crítica que deseaba reivindicar a un gran escritor; fue quitando los estereotipos, las frases vacías, de una crítica literaria formal y prejuiciada, para poder acercarse a lo que importa de un escritor: su manejo apropiado del lenguaje, su perspectiva, y principalmente, su forma y su estilo con relación a una estética. Así rescató del olvido o tal vez del agravio a un narrador de historias de gran oficio. Pero la reivindicación no hubiera sido completa si no comparaba a Payno con algunos de los escritores cercanos a él, y Margo —lectora de otras escrituras— puede situarlo junto a Balzac, Galdós, Allan Poe, y decir no se vale exigirle a Payno que sea como ellos. El escritor mexicano pertenece a una cultura específica, en la que él mismo se nombró naturalista, que escribía novelas de costumbres, crímenes y horrores. Y Margo Glantz levanta la voz —la de su escritura— para decir que con Payno se ha desfigurado la verdad, pues fue mucha la incapacidad para “borrar los lugares comunes de la crítica” que ha llevado a leerlo de manera fácil, superficial.

LA CRÍTICA Y EL LECTOR

Creo que antes de etiquetar el tiempo que ha dedicado Margo Glantz a escribir ensayos de crítica literaria y de investigación, es preciso detenerse en algunas consideraciones. Por ejemplo, la manera en que ella involucra al lector en sus propias lecturas y en sus descubrimientos. Le tiende la mano, comienza la seducción, y lo lleva a sus territorios en los que desarrolla un asunto que explora concienzudamente y no lo suelta hasta que lo ha convertido en su presa. No quita para nada el dedo del

renglón, sino que oprime el botón de muestra y sigue su camino crítico. Y aquí hemos citado una palabra importante en la vida de esta excelente investigadora y maestra universitaria, la crítica. En su mirada no hay nada más complaciente que analizar las cosas, las obras, las épocas, para penetrar en ese mundo y descubrirlo. ¿No es acaso ésta la función básica del crítico?

Prohibir y castigar, textualidad y diacronía son algunas de las palabras que de alguna manera revitalizaron Foucault, Bataille y Barthes, y que inauguraron un nuevo tipo de crítica literaria en un mundo que había gastado y liquidado el vocabulario analítico. El erotismo en la literatura, la relación de la muerte y el sufrimiento, la hazaña de Bataille de haber convertido el sueño en un viaje entre el cielo y la tierra, es decir, entre la capacidad de volar por los aires y la necesidad de arraigarse a lo terreno. Sade, Julio Verne y Georges Bataille parecen personajes escogidos por Margo Glantz para darle una orientación a su revisión teórica de la obra de cada uno. En ellos encuentra un camino para transitar de la ficción a la vida misma, de la reflexión estructural o filosófica a los rastros dejados en la historia por la violencia, la guerra, la tortura. No es un camino cualquiera sino una ruta que a su paso por la historia va dejando rastros de sangre, que la palabra recoge y asimila para transformar el sonido de las cavernas y la oscuridad delirante, en prosa y luz que permite de nuevo ver el sendero. El camino trazado por Margo Glantz sobre el valor y el destino de la obra literaria no es que esté sembrado de espinas. Sería un triste lugar común. Es que necesita ser insertado en su

tiempo, sus modelos, su espíritu de época, para empezar a ser deletreado.

La mujer ocupa en su obra de creación y en sus ensayos y crónicas, que nos llevan por sitios desconocidos, un lugar destacado; el cuerpo femenino ha estado expuesto a las fisuras; ha sido violado, y la mujer considerada como objeto, a veces inmolado. Margo apunta sobre este asunto:

La penetración, la crueldad, el sadismo ejercidos sobre el cuerpo de una mujer dentro del cuerpo textual sería sólo una serie de actos rituales en los que la mujer se contemplaría como cuerpo desnudo exterior a ella misma. Y la novelización sería la puesta en marcha por la escritura de un texto escrito como oración y pasión.

Tal vez esta preocupación la llevó en línea recta a sor Juana Inés de la Cruz, a la que ha estudiado con rigor contribuyendo a esclarecer el sentido de esa vida y de esa misteriosa y monumental obra del barroco mexicano. Si le llamamos actitud feminista a la asumida por la pluma crítica de Margo, no habría por qué negarlo; pero por encima de eso se encuentra el reto que implica estudiar a la Décima Musa. La ve como poetisa y también como lo que fue: una mujer confrontada con su tiempo, un cuerpo femenino expuesto a la condena, a la prohibición y el castigo de un orden colonial regido por el designio de los hombres. Me gusta escuchar —y leer— esta pregunta en la que Margo Glantz parece desdoblarse: “¿Por cuál discurso debe optar la mujer, por el hagiográfico o por el autobiográfico? Y, por último,



© Javier Narváez



© Javier Nandiz

¿escapa la más destacada escritora mexicana, sor Juana Inés de la Cruz, a los suplicios y tiranías que en esa época se reservaban a la mujer que tomaba la pluma?”.

Hay pasajes de esta aventura verbal y crítica emprendida por Margo Glantz durante muchos años que avasallan y nos llaman desde lejos para entender que el trabajo crítico es una telaraña o un tejido, según dijo Roland Barthes hace tiempo en *s/z*, que es preciso enlazar con pertinencia. La hermenéutica de nada nos serviría si no conduce a una zona en que las relaciones textuales significan, y aparecen más allá de la lectura simple. La nieve no es signo de frío nada más, a veces significa paz o desesperanza. Esto me parece evidente cuando la autora logra vincular a Georges Bataille con Julio Verne, y lo hace con una cita de aquél en que los protagonistas se lanzan a nuevas aventuras: “Ese lanzamiento es similar al de algunos textos de Verne donde la cotidianidad de la vida burguesa se violenta con un lanzamiento inesperado que nos conduce a la Luna o al centro de la Tierra, y subrepticamente al término de una iniciación”.

Sigo pensando que en literatura no importa tanto lo que se dice sino cómo se dice. En la forma, que no en el significado, es donde se encuentra uno de sus secretos más inquietantes, que han sabido manejar los grandes escritores del siglo XIX y del XX. Y Margo apuesta en su extensa obra ensayística por esta premisa. La capacidad crítica se instala en el detalle, pues su objetivo siempre ha sido y será ver más allá de lo aparente, y la mirada de Margo entra a los entresijos de muchos personajes de novelas que ha leído con paciencia y atención analítica,

como lo hace con la literatura mexicana del siglo XIX y la ubica, le tiende la mano, la actualiza y revitaliza. Así cumple con esa tarea tan poco frecuentada a veces por nuestros críticos que consiste en unir fechas, países, escrituras, conductas, en un mismo signo que es su talento y su afición por la novela como conciencia de la inconformidad que acompaña al hombre en su travesía por la vida. De la cultura europea a la mexicana, Margo traza coordenadas paralelas, pues la literatura no se explica si no es mediante la comparación y el debate, el análisis y la analogía.

Es bien sabido que Margo Glantz camina a grandes pasos por el mundo; invitada a dar conferencias, a presentaciones de sus propios libros, a congresos de crítica y de teoría literaria, también se procura tiempo para ir a los museos y así ver las últimas exposiciones del mundo del arte. Uno puede imaginarla entrando en el año 2002 en el Pompidou, urgida de ver cuanto ahí se exponía sobre Roland Barthes, que cuenta con amenidad en una de sus notas de *La polca de los osos*. Vio todo sobre el autor de *El grado cero de la escritura*, música, cuadros, películas, pruebas de sus libros, su biblioteca, fotografías familiares y personales, también las obsesiones bartheanas, los viajes y la música. Tal vez siguiendo a Barthes es posible decir, en un intento de resumen y conclusión, que en la larga trayectoria crítica y literaria, académica y teórica, Margo Glantz prefiere el placer del texto. “El texto es en sí mismo una existencia, una unidad, una coherencia, algo vital, una escritura, un cuerpo propio, pero también es el reflejo de la vida”.